

SALMO 8

“Señor, dueño nuestro...”



Queridos lectores

Bienvenidos a un nuevo comentario bíblico. Hoy es la vez del Salmo 8, un texto cortito pero muy evocador por su conexión con la naturaleza, algo que tanto valoramos hoy en día. Contemplando su inmensidad, el salmista se sobrecoge al ver lo que Dios ha hecho en favor del hombre, tan pequeño e indigno, y exclama:

¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?

Son muchas las semejanzas que pueden darse entre la experiencia del salmista y la nuestra, pero la nuestra ¡se queda tan corta al lado de la suya...! De ahí la importancia de detenernos en este salmo.

DIOS AL PRINCIPIO Y AL FINAL

El salmo inicia y termina con una misma exclamación: “SEÑOR, DUEÑO NUESTRO, ¡QUÉ ADMIRABLE ES TU NOMBRE EN TODA LA TIERRA!”, que hace de él un acto de alabanza a Dios.

Situada al inicio y al final, esta afirmación es la esencia del mensaje del salmista, pero es también el punto de llegada de su proceso personal a partir de la contemplación de la naturaleza, que le lleva a confesar la soberanía de Dios, conclusión nada evidente, a la que no es común que lleguen quienes valoran, cuidan y gustan de la naturaleza.

El ser humano moderno, muy concienciado y sensible con la causa ecológica, busca el contacto con la naturaleza, el descanso, la paz y la sensación de bienestar que esta le proporciona, pero no suele ir más allá. La disfruta, vuelve a ella, la defiende y exige de los gobernantes y de la sociedad un mayor cuidado y respeto para con ella, en cuanto patrimonio de la humanidad para las futuras generaciones, pero se queda ahí.

El salmista, sin embargo, supera este límite y llega a reconocer la verdad más honda que se esconde, al tiempo que se manifiesta, en el universo que contempla: que Dios es “Señor y dueño nuestro” y el trato de privilegio que ha tenido para con el ser humano, indigno de la grandeza y del poder que ha recibido.

EL SALMISTA NOS LLEVA MÁS ALLÁ

Pero antes de entrar de lleno en este tema, conviene que tú, querido lector, evoques por un momento tu propia experiencia de creyente ante la naturaleza y te preguntes: ¿Qué me ha sugerido a mí su contemplación? Porque no hay duda de que te has maravillado más de una vez ante la belleza de un paisaje o la fuerza de un fenómeno natural. Y es posible que aquello se te haya quedado marcado, de modo que todavía recuerdas qué te llevó allí, la situación que vivías entonces, si estabas solo o con quién, el paisaje, los sentimientos y emociones que aquello te suscitó o un sinfín de detalles más.

Es posible, incluso, que lo que viste y sentiste te evocara a Dios, que elevaras tu vista a lo alto y recitaras alguna oración de agradecimiento o alabanza por sus “obras magníficas”, al tiempo

que exclamabas: “¡Qué maravilla”, “¡Qué inmensidad!”, “¡Qué belleza!”, “¡Qué grande es Dios, creador de todo!”... o que te sintieras muy pequeño en medio de todo aquello.

Recuerda y evoca lo que viviste y observa en qué se parece, o no, a la reacción del salmista. Este hombre, al contemplar la magnificencia de lo que ve, siente la apabullante insignificancia del ser humano ante la obra de Dios, al tiempo que cae en la cuenta del poder que le ha dado sobre ella. Esto le deja pasmado y sin palabras, y se pregunta: “¿QUÉ ES EL HOMBRE PARA QUE TE ACUERDES DE ÉL, EL SER HUMANO PARA DARLE PODER?” porque su pequeñez es tal que no parece tener sentido que se le diera tanta dignidad y gloria y se le confiara algo tan grande como la “obra de sus manos”. Y, sin embargo, así ha sido. Dios ha hecho al hombre:

...poco inferior a los ángeles, le ha coronado de gloria y dignidad, le ha dado el mando sobre la obra de sus manos, todo lo ha sometido bajo sus pies.

¿Te das cuenta de lo que esto significa? ¿Percibes la barbaridad (hablando en términos humanos) que ha hecho Dios? ¿Captas el nivel insospechado al que ha elevado al ser humano? Consciente de ello, el salmista siente un nudo en la garganta y expresa un sentimiento de admiración y pasmo en forma de pregunta: “¿Qué es el hombre...?”

¿Te ha sucedido a ti algo parecido? Si es así agradece, porque es un inmenso don de Dios. Si no, no te preocupes porque para eso está el salmista: para llevarnos más allá de nosotros mismos, ampliar nuestros horizontes y hacernos ver el inimaginable privilegio que Dios nos ha concedido y que nunca valoraremos suficientemente.

QUIÉN ES DIOS PARA EL SALMISTA

Con dos palabras, casi sinónimas, este hombre dice cómo ve él a Dios: como “SEÑOR y DUEÑO NUESTRO”. Esto, que es tan claro para él, no es nada evidente ni una conclusión fácil de llegar, sobre todo para el hombre moderno que pretende, sin conseguirlo (todo hay que decirlo), ser dueño y señor de sí mismo, cree saber mejor que nadie lo que más le conviene y quiere decidir por sí mismo qué hacer con su vida.

¿Qué llevó a este hombre a considerar a Dios como Señor y dueño nuestro? No lo sabemos pero el texto refleja una triple experiencia:

- *LA CONTEMPLACIÓN DE LA INMENSIDAD DEL UNIVERSO, obra de Dios: “el cielo, la luna y las estrellas que has creado”.*
- *LA CONCIENCIA DE LA PEQUEÑEZ DEL SER HUMANO, tan evidente al cabo de los años y ante la grandeza inconmensurable del firmamento: “¿Qué es un hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?”.*
- *LA CONSIDERACIÓN DE LO QUE DIOS HA HECHO EN FAVOR DEL HOMBRE: “Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de sus manos, todo lo sometiste bajo sus pies”.*

El contraste entre la grandeza del universo y la pequeñez del hombre, unidas al desproporcionado poder que Dios le ha concedido, lleva al salmista a fijar su mirada en Dios y a proclamar quién es Dios y que es digno de alabanza: “SEÑOR, DUEÑO NUESTRO, ¡QUÉ ADMIRABLE ES TU NOMBRE EN TODA LA TIERRA!”.

Entre la multitud de vídeos sobre el universo de que disponemos hoy en día, os invito a ver el que te indico el enlace: <https://youtu.be/mSWay16xbU4>. En tres minutos, la cámara hace un increíble viaje: centrada en una muchacha que descansa en un jardín, va alejándose de ella mostrando el macrocosmos en el que nuestro minúsculo ser está situado, para después volver a ella y, penetrando en el interior de su ojo, hacernos ver el maravilloso microcosmos que se esconde en el cuerpo humano.

Quien ve el vídeo no puede menos que admirarse y exclamar: “¡Qué inmenso es el universo y qué pequeños somos los humanos!”, y al mismo tiempo: ¡Qué maravilla es nuestro cuerpo!... Esta experiencia y modo de reaccionar son comunes a cualquier hombre, creyente o no creyente. Cualquier persona sensible, abierta a la belleza de un paisaje o con mentalidad ecologista se siente sobrecogido ante la belleza y grandeza únicas de la naturaleza y es capaz de percibir su insignificancia ante tal magnitud. Puede, incluso, que se pregunte por el origen de todo lo que existe y recuerde que cuando era niño le enseñaron que Dios creó el mundo, aunque actualmente su vida no tenga nada que ver con Dios.

Pero el salmista, que es un creyente y no cualquier creyente, supera con creces esta frontera. Al contemplar simultáneamente la naturaleza y su pequeñez, se siente iluminado y ve con claridad lo que ha hecho Dios en favor del hombre, cómo lo ha tratado y la grandeza de la misión a la que le ha llamado. Siendo como es, tan pequeño, cae en la cuenta de que no hay la más mínima proporción entre lo que es y lo que Dios le ha concedido ser y hacer:

Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies.

Estas palabras evocan las dos narraciones del Génesis sobre la creación del hombre:

Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios los creó (Gen 1,27).

Dios formó al hombre con polvo del suelo e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente (Gen 2,7).

Así como el poder que Dios le concede:

Mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra (Gen 1,26b.28b).

SEÑOR, DUEÑO NUESTRO...

El salmista no se queda, por tanto, en la grandeza de la naturaleza, en su pequeñez y ni siquiera en la desproporcionada concesión de Dios al hombre al poner su obra en sus manos, sino que todo eso le lleva a CONTEMPLAR a Dios mismo y a PROCLAMAR (importante unir los dos verbos) quién es: SEÑOR, DUEÑO NUESTRO y DIGNO DE SER ADMIRADO EN TODA LA TIERRA.

Este es el camino que hace el salmista y al que todos estamos llamados: a pasar de la obra de Dios (la naturaleza y el hombre) a su autor, reconociendo en ella misma la llamada de Dios a elevarnos hasta él. Por eso el salmo inicia y termina con la misma exclamación, que es su punto álgido.

CONCLUSIÓN

Observad, queridos amigos, cómo según nos acercamos a los textos bíblicos estos nos revelan una amplitud, una profundidad y

una riqueza que nunca antes habíamos imaginado. Esto nos lleva a intuir que hay más, mucho más, y que el Espíritu Santo nos lo irá dando a conocer según nos lo quiera conceder.

Y fijaos también en los efectos que la Palabra produce en vosotros: una creciente sintonía con ella, un gozo y una felicidad distintos de los ya conocidos, una paz y un consuelo que permanecen en la hondura de vuestro corazón, una especie de perfume suave y delicado, pero penetrante, que va impregnando vuestro ser, que os llena y sabe a plenitud, a esa plenitud de vida que todo ser humano desea, anhela y busca.

¡Qué grande es Dios y qué grande es su Palabra! ¿Verdad?

Hasta aquí nuestro comentario de hoy. ¡Ojalá os ayude a sentir este salmo como propio y a rezar con él!

Nos volvemos a encontrar ante el próximo texto bíblico que comentaremos.

Dios os bendiga y a vuestras familias.

Carlos Rey - SDB